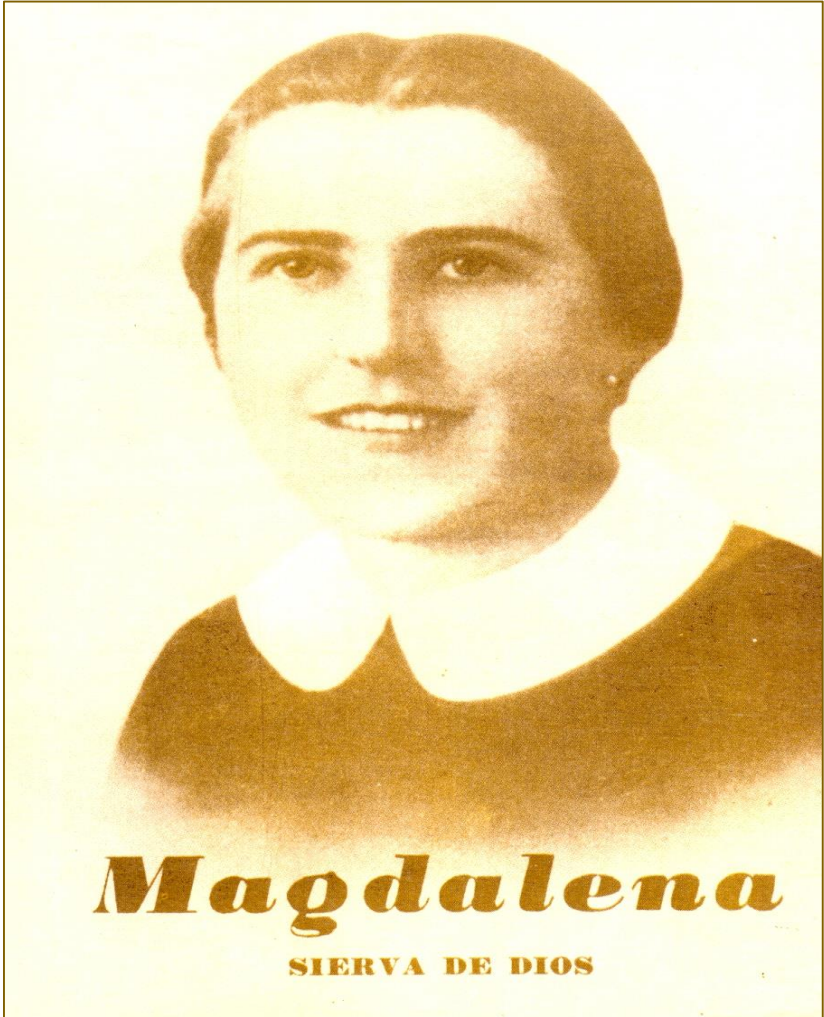


MARÍA OLIVA BONALDO  
*del Cuerpo Místico*



**Hija de la Iglesia**



*El sufrimiento aceptado con amor  
tiene un gran valor Para la santa Iglesia*  
Magdalena de Santa Teresa del Niño Jesús



SECRETARIA DE ESTADO  
DE SU SANTIDAD

*Del Vaticano a 5 de Mayo de 1959*

N.o 14.336

La Secretaria de Estado de Su Santidad da las gracias a las piadosas Hijas de la Iglesia, por el obsequio de la obrita que contiene algunos rasgos biográficos, dichos y escritos de «Magdalena».

Siente verdadera satisfacción al comprobar que esta institución moderna tiene ya entre sus alumna modelos tan piadosos que presentar a los demás como ejemplo.

Bendice de corazón a todas las Religiosas y sus santas actividades.

Hay un sello que dice: Secretaria  
de Estado de Su Santidad.

**E.F.**

# ***MAGDALENA***

*OCTAVARIO POR LA UNIDAD DE LA IGLESIA*  
18 - 25 de Enero

*traducida por*  
*Aurelio Roman Valladolid*

**HIJAS DE LA IGLESIA**  
Viale Vaticano. 62-Roma

Nihil **obstat**:  
DR. HERMENEGILDO GONZALEZ  
*Censor*

*Burgos 7 de septiembre de 1961*  
Imprímase:  
+ LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Por mandado  
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,  
Dr. MARIANO BARRIOCANAL  
*Canciller-Secretario*

Depósito legal: BU. -120 - 1961  
N.º Rgтро. - 63 - 61

## OCTAVARIO POR LA UNIDAD

*Nos encontramos en los comienzos del Octavario por la Unidad, a saber, en el ciclo de plegarias especiales que piden al cielo el retorno o la llegada a la verdadera Iglesia de todos aquellos que se encuentran aún apartados de ella.*

*Este movimiento se debe a la providente iniciativa de León XIII. No se trata de un piaaoso ejercicio solamente, no se trata de un escapulario de devoción, cosas ambas dignas de verdadera estima. Es un ardoroso movimiento del espíritu; un ímpetu del corazón que trata de asimilar, de hacer suyos el suspiro y las ansias supremas del Divino Maestro, manifestadas pocas horas antes de consumir el supremo sacrificio de su vida por nosotros, cuando pedía al Padre la unión de totias las almas: «Ut omnes unum sint, sicut Tu, Pater, in me et ego in Te, ut et ipsi in nobis unum sint»...*

*Para obtener este fin, se necesitan plegarias especiales, sacrificios eseciales, también. Quizás, en nuestros días, es estrecha, como nunca, la puerta de entrada -como leemos en San Mateo-; reclama de nosotros un esfuerzo especial de voluntad y abnegación. Pero si todos nosotros ajustáramos nuestra conducta a los deseos del Señor, como Él pide y espera de nosotros, serían muchos, los que entrarían en su redil; o sea en la paz de Su Corazón, en la unidad de su Magisterio.*

JUAN XXIII





## *CEMENTERIO EN EL LIDO*

En fecha 10 de mayo de 1958, un sacerdote, algunos parientes, dos hermanas religiosas y varias postulantes, rodeaban la tumba de Magdalena de S. Teresa del Niño Jesús que acababan de descubrir los enterradores, en medio de grandes cuidados hasta llegar a la caja, reducida a unas tablas carcomidas por el tiempo y la humedad.

Daba la impresión que las palas de los sepultureros acariciaban la tierra, y cuando aparecieron los primeros huesos, extrajeron las tablas a la orma, y valiéndose de las manos sacaron uno a uno los huesos, es decir, todos aquellos restos en los que se había desintegrado el esqueleto, a excepción del cráneo que permanecía completo.

Eran huesos astillados, que no ofrecían entre sí relación alguna, como si no hubieran pertenecido nunca a un organismo humano.

¡Cuánto debió sufrir! ¡Qué carnicería la que recuerdan estos huesos! exclamó el viejo enterrador que, conocedor de su disposición y de su poca consistencia, en solo diez años de sepultura, en una caja de abeto, los veía deshacerse en sus manos.

Fijense, añadió extrayendo el hueso sacro: ha desaparecido la vértebra abdominal; ¡quién sabe qué caverna ocultaba la carne viva! la enfermedad de Pott consume más que los gusanos.

Reunidos todos los huesos en la cajita preparada para recibirlos a fin de trasladarlos desde el Cementerio del Lido

de Venecia al Cementerio de Mestre, el Sacerdote, las Herrnanas y los parientes de la finada cayeron de rodillas pensando en aquél espectáculo de disgregación ofrecida a la Iglesia Madre por la unión de las Iglesias separadas y las postulantes se dieron exacta cuenta de que todos deben rezar para conseguir la unión de los corazones y de que alguno, siguiendo el ejemplo de Cristo, debe sacrificarse y morir.

## *SU VOCACIÓN*

Desde niña había sido Magdalena llamada por Dios, y cuando por primera vez, humilde y segura, con la mano apoyada en el manillar de la bicicleta, se presentaba para ser recibida, me dí cuenta al momento de su carácter resuelto. Metiendo la bicicleta con gesto decidido a través de la angosta puerta, me presentó, de parte de su Director espiritual, la petición de admisión, y esperó.

Me fijé detenidamente en su lacónica presentación: venía del campo, de un pueblo y de una familia sanos y católicos. Había recibido su formación a través del Catecismo, que en la región de Venecia se da en la Iglesia, en la Escuela y en el hogar. Recorría cerca de tres kilómetros todas las mañanas, para ir a la parroquia, y terminada la Misa continuaba en ella para enseñar la Doctrina cristiana, o para perfeccionarse en la enseñanza de la misma: ni siquiera la madre conseguía que se quedara en casa para ayudarla.

Sin grandes luces de inteligencia, comprendía, no obstante, que la llamada de Dios le apartaba de la familia, y seguía este llamamiento sin disgustar a nadie, con una amable discreción que más tarde sería la nota característica de su vida.

Su hermano, al darnos noticias de ella, requerido por nosotras, sólo esto nos dijo: «Usted, quiere saber la vida de Magdalena cuando era joven, después de la Primera Comunión. Era calmosa y tenía mucha paciencia. Casi todas las mañanas iba a Misa y después se entretenía enseñando a los pequeñuelos. No había manera de lograr de ella que se quedara en casa y ayudara en los quehaceres domésticos;

desaparecía, sin darnos cuenta, e iba a la casa del Párroco para aprender y enseñar la Doctrina».

A los 14 años entró como aspirante entre las Dominicas del Colegio de Zalivani, en Treviso. Se dió cuenta de que no podía llevar ya la vida libre y solitaria de los campos, lejos, sí, de la Iglesia, pero para ella siempre cerca, como buena concedora de los atajos. La vida de colegio, del colegio de hace treinta años, cerrado y abierto a la vez, fuera del mundo y dentro de un mundo de actividad febril, no le gustaba. No se sentía suficientemente recogida. En su vida de familia podía recogerse, aquí no.

En la parroquia dominaba dulcemente a sus niños de la clase de catecismo, y *cuando protestaban*, se retiraba hacia el altar mayor, poniéndose debajo de la primera estación del Via Crucis, continuando después con calma absoluta hasta la décimocuarta. Era una adolescente que no necesitaba de quehaceres y distracciones para su equilibrio. Lo obtenía por medio de la Gracia que encaminaba su corazón hacia el Objeto de la piedad que menos suele sentir la juventud. La meditación de la Pasión de Cristo iba de este modo madurándola antes de tiempo, dando a su aspecto de campesina un gesto de nobleza que revelaba la quietud de sus deseos, aun espirituales.

El más intenso, entre estos últimos, quizás por reacción contra la vida bulliciosa del Colegio, quizás por la lectura de la «Historia de un alma» escrita por Santa Teresa del Niño Jesús, fue el de entrar en el Carmelo, y así lo manifestó a su confesor, un Padre carmelita, que intentó complacerla. Hubiera podido entrar, pobre como era, si otra postulante de mejor posición económica hubiera aportado la dote para las dos. Magdalena supo guardar toda su felicidad dentro de su alma. La familia no se euteró de nada. Su hermano, al facilitarnos los datos biográficos, ni siquiera hace mención de esto. Y tampoco se percató nadie de su desilusión cuando el confesor, cansado de esperar inútilmente, dirigía sus pasos

hacia la Orden Tercera de Teresianas de Campi Bisenzio, que dirigían un Colegio en Florencia. Entró a los 18 años, teniendo que salir a los pocos meses por causa de enfermedad.

Magdalena había aprendido tan bien las sublimes lecciones de Jesús paciente, que desde su regreso al hogar hasta la entrada en nuestra Congregación -cerca de cuatro años-, nada se pudo ver en ella que revelara su contrariedad. Ni lamentaciones, ni quejas: su táctica era callar. Se sometía al tratamiento sin ansiedad y sin pretensiones. La enfermedad podía cerrarle las puertas de todos los conventos, pero no la del cielo.

Cuando se presentó a mí, ya completamente curada, sus grandes ojos azules estaban tan llenos de cielo y revelaban haberlo mirado tanto que la acepté sin más.

## *"TENGO MI MANERA"*

Las Hijas de la Iglesia, en medio de los avatares de la guerra, que obligaban a vivir a todos un poco al estilo de los pájaros, formaban una familia desconocedora de los cánones religiosos, sin proyectos para el mañana. Magdalena se encontró en su propio ambiente. Se dio cuenta en el acto del espíritu contemplativo de la Congregación, y no fue preciso nunca estimularla para que asistiera a la oración, al coro, al silencio, al recogimiento. Todas estas cosas eran como el oxígeno de su alma.

No poseía grandes dotes naturales, por lo que desde el primer momento fue destinada a las labores de la casa y a la confección de prendas de vestir, arte en el que era verdaderamente experta. La Congregación vivía, como la gente pobre, con trabajo manual, que cambiaba con las demás Casas de la región de Venecia, y con los víveres que entre todas repartían, valiéndose de todos los medios ocasionales de transporte, no excluía la bicicleta. Es más, la bicicleta, entonces, era la dote, y Magdalena había llevado la suya, satisfecha de formar parte de una Comunidad que un conocido sociólogo (Higinio Giordani) presentaría al público con el calificativo de «Carmelitas en bicicleta».

Ingresó el día 23 de octubre, en las primeras vísperas de San Rafael Arcángel, del que poco había oído hablar hasta entonces. Al elegir esta fecha se había prescindido de la de su pequeña Teresa, de la de Teresa la Grande, y hasta de la de San Juan de la Cruz, tan cercanas entre sí: y sin embargo, ni manifestó deseos de preferencia, ni manifestó nostalgias

de fechas tan señaladas. Por el contrario, intentó allí mismo, en la misma puerta, atraer a su nueva familia de Carmelitas ciclistas a una señorita que la miraba desde la parte de fuera, y que después, casi a continuación, fue su compañera de noviciado: Antonieta de San Juan de la Cruz.

«23 de octubre de 1943. Sábado, por la tarde. En San Esteban de Treviso, primer encuentro al entrar en la iglesia para recibir el escapulario del Carmen. Irradiaba alegría y brillaban sus ojos.

-Qué alegría, señorita, precisamente hoy, vispera de San Rafael-. Era feliz. Presenció la ceremonia, simple y conmovedora, de particular manera entonces, que nos ponían el hábito blanco y la Madre estaba a nuestro lado, en el mismo reclinatorio, y nos abrazaba como a sus hijas. El breve sermón corrió a cargo de su director, el P. Mario, carmelita. Al terminar la función me acerqué a la Madre y la pregunté timidamente:

- Y yo, ¿cuándo entraré?

-El próximo sábado, si quieres.

-Magdalena, exclamé, entraré el sábado próximo-, contagiada por la alegría que emanaba de ella, y desde aquel instante nos sentimos hermanas».

El Arcángel correspondió graciosamente con Magdalena.

«Su piedad era sencilla, escribe otra de las postulantes: la Madre nos había enseñado desde los primeros días, juntamente con el amor a Jesús y a María, una tierna devoción a los Santos Ángeles, y Magdalena los invocaba con afecto fraternal. He sido testigo, a propósito de su Arcángel, de un gracioso acontecimiento. Estando en su compañía una tarde, cuando éramos postulantes, recorriendo un largo trayecto de carretera, que nos separaba de la casa que hacía de “cuartel general”, abierta en octubre de 1943 en Morgano (Treviso), se había

desencadenado un gran temporal, y la carretera, con sus cunetas rebosantes de agua, estaba llena de baches y de charcos. Temíamos perder el equilibrio a cada paso y caer, porque íbamos cargadas: la noche se hacía cada vez más oscura, y pedimos a San Rafael y a los ángeles que nos ayudaran. Las calles no estaban iluminadas por causa de la guerra, y solo la bicicleta de Magdalena tenía un pequeño faro, que no funcionaba, cuando de pronto, en una revuelta brusca, después de una jaculatoria, no se sabe cómo, saltó el muellecito y se encendió el faro. Sólo los ángeles podían haberlo encendido, porque cuando llegábamos al pueblecito y la carretera se hacía menos incómoda, el faro se apagó por sí solo».

Su piedad era ordenada, como su persona y sus cosas: ella tenía «su manera» de rezar:

«Un domingo por la tarde, cuenta la que fue su primera compañera, recibimos una buena regañina por desordenadas. Como reacción subimos al desván, donde sabíamos que había quedado ropa suda. La juntamos toda en dos montones, la metimos en sendas bolsas y nos las cargamos a la espalda, esperando encontrarnos en la escalera con la maestra.

Pero la maestra no se dejó ver, ni siquiera en el lavadero, y entonces, mientras clasificábamos las prendas, hablamos del amor de Dios. Y de este modo, olvidándonos de la filípica y de la reacción de nuestro amor propio, me pude explicar satisfactoriamente aquella facilidad, tan suya, de recogerse interiormente y que en ella parecía una segunda naturaleza.

-Hago tantos actos de amor, como me ha enseñado el P. Mario.

¿Cuántos al día?

-Algunos centenares.

-¿Y como lo sabes, si es tan difícil contarlos?



-¡Tengo mi manera!... Y en sus ojos brillaba una sonrisita. Nada añadió a esta frase, quizás porque era su secreto, o también porque recordó la obligación del silencio en la que nos servía de ejemplo a todas».

«No había peligro -nos dice una postulante- de faltar al silencio estando con ella, porque, cuando se me escapaba una frase, me sonreía amablemente y callaba, sin dejarme amargura en el corazón, como hacen las escrupulosas».

No era sastra, pero tenía gusto y sentido de la belleza.

«Yo estiraba desgarbadamente algunos de los cuellos que usamos, confeccionados con seda artificial: ella se ofrecía siempre para lavarlos y plancharlos debidamente. Los conservaba en un cartón para las fiestas, porque nosotras no hubiéramos sido capaces de conservarlos por largo tiempo, a pesar de que, juntamente con el velo, constituían nuestro único patrimonio».

«Era generosa y no se retraía nunca. Muchas veces la vi recoger con atención los recados y encargos de las hermanas y llevarlos a feliz término inmediatamente con exactitud y premura. Del mismo modo, la encontré también diligente en el fregadero, activa en el corte y acarreo de leña, hacendosa en lavar y limpiar los suelos, siempre serena y tranquila». «Rezaba continuamente y en medio de su silencio, fijaba su atención en los actos de caridad que realizaba sin que nadie se percatase».

## *FORMACIÓN DE GUERRA*

Los acontecimientos de la guerra, que se precipitaban, nos obligaban a imponernos sacrificios cada vez más pesados. La Providencia, que durante los primeros años nos había visitado a todas en casa, sin gran dificultad, debió, después, preocuparse de nosotras entre un bombardeo y otro, y de nuestras preciosas bicicletas.

El Obispo de Treviso, temiendo que llegáramos a padecer hambre, nos obsequió con sus Pastorales, estimulándonos a difundirlas en la Diócesis.

«El 26 de marzo de 1944 se inició su difusión en Morgano: estuvo a cargo de Magdalena de Santa Teresa del Niño Jesús, acompañada de Antonieta de San Lorenzo, que regresaron a casa trayendo sobre sus espaldas un saco lleno de pan casero...». Recuerdo -escribe Rosa- que dí comienzo a la propaganda con ella. Cargadas con las pesadas bolsas nos dirigimos silenciosas y recogidas a la estación del ferrocarril, que distaba aproximadamente cuatro kilómetros, y en ella esperamos al tren que debía conducirnos a nuestro lugar de destino. Mientras caminábamos íbamos leyendo, a ratos, algunos pasajes del libro «El secreto de María», de S. L. M. Grignon de Monfort, y la elección recayó, precisamente, en el capítulo que pone al descubierto la maldad pésima de nuestro fondo: «Siendo nosotros por naturaleza más soberbios que los pavorreales, más aferrados a la tierra que los sapos, más envidiosos que las serpientes, etc.». Magdalena me explicó este pasaje con tanta gracia que quedé maravillada, y esta impresión la siento de nuevo cuantas veces leo u oigo leer este pasaje del libro.

Mientras tanto, llegamos a la estación y tomamos el tren, que en muy poco tiempo nos dejaba en el punto de destino. Nos dirigimos a la parroquia, entramos en la iglesia, y en ella estuvimos un buen rato para buscar, en primer término, el reino de Dios. Durante la meditación la observé que miraba unas veces al libro y otras al sagrario, siempre de rodillas e inmóvil: su cara, ante mi sorpresa, aparecía cada vez más serena y radiante. Terminada la meditación visitamos al párroco, para conseguir de él el permiso oportuno en orden a difundir entre sus feligreses la palabra de la Iglesia. Concedido que nos fue, comenzamos la propaganda.

Hacíala Magdalena con tanta discreción que, mientras las bolsas iban vaciándose de libros, se llenaban de géneros alimenticios.

Terminada nuestra misión nos preparábamos para el regreso. En espera de la llegada del tren, nos detuvimos bajo un árbol: observé que Magdalena se quedaba pálida: la pregunté si se encontraba mal, pero eran horas de silencio y se limitó a sonreirme con dulzura. Me quedé con ganas de saber, sin embargo, si su silencio obedecía a los preceptos de nuestro reglamento, al que no estaba obligada por ser todavía postulante, u obedecía a la delicada reserva que toda Hija de la Iglesia debe guardar, de hablar de sus enfermedades únicamente a la Superiora. No sé, repito, por cual de los dos motivos calló, lo que solo sé es que quedé edificada de su conducta. En la vuelta no conseguí que me dejara compartir con ella el peso de las bolsas, porque, apenas me las cedía, lograba con destreza hacerse cargo de ellas de nuevo».

«El 28 de marzo, continúa la cronista, regresamos todas a Trivignano para pasar en silencio y oración la Semana Santa. El 7 de abril, al mediodía, vimos pasar sobre nuestras cabezas y a gran altura los aviones: Treviso y Marghera eran

bombardeados simultáneamente. Ardían los oleoductos de Marghera. Se elevó al cielo una nube densísima que le oscureció. Parecía de noche. Nos pusimos a salvo en el campanario».

La propaganda debió, por lo tanto, limitarse a los pueblecitos más apartados de las carreteras provinciales. y cuyos caminos eran menos cómodos.

Todas se ofrecieron con generosidad, y Magdalena se prestó a ser compañera de la infatigable Elisa de Jesús, que al regreso se gloriaba de haber recorrido 20 kilómetros a pie.

Después de la incursión aérea sobre Mestre el día 13 de Junio, nuestro Cardenal solicitó de la Santa Sede, con su eficaz recomendación, el traslado del noviciado a Venecia, a la Casa de las Damas del Sagrado Corazón, que habían recibido ya en Roma a las novicias estudiantes.

«El día 2 de julio, primera cena en un departamento del Palacio de Savorgnan..., sin cubiertos. Gran alegría de todas. Nos arreglamos con el cucharón. Pero la guerra nos seguía: vaporcitos bombardeados, filas interminables ante las fuentes de agua potable en el Campo de S. Marcuola. Magdalena era una de las designadas para traer el agua, y tenía que hacer cola de idéntico modo, hasta para obtener cincuenta gramos de carne con una cartilla suplementaria».

«El domingo, por no abusar de la hospitalidad de las Damas del Sagrado Corazón con nuestras idas y venidas, las novicias, acompañadas de la maestra, oían Misa en los Jesuítas en su casa de los Nuevos Fundamentos, y después, dirigiéndose hacia las Islas de Murano, comían de prisa un pequeño panecillo con mermelada. Restauradas de este modo sus fuerzas, oían la plática de un Padre dominico en San Juan y Pablo, regresando finalmente a través de campos y callejuelas a San Marcos, para asistir a la Misa Pontifical. El 15 de agosto, mientras el subdiácono entonaba la Epístola, se oyó la sirena de alarma, y el "patriarchino" del canónigo

hizo una reverencia que no estaba en programa, hasta el extremo de que solo a duras penas pudimos contener la risa.

Pero el 8 de diciembre formábamos una fila imponente, y ante una falta de entonación muy acusada del mismo canónigo, se oyó en la basílica de oro, que estaba concurridísima de público, una carcajada mal contenida, que el eco convirtió en algo muy parecido a un «relincho». Nos quedamos heladas. Había sido Magdalena, que estaba junto a mí, y después de ella Mariottina, que ocupaba un puesto al lado de la Madre, sobre la que recayó toda la culpa, porque nadie podía creer que Magdalena, siempre tan comedida y ajustada, hubiera sido capaz de aquello». Lo era, sin embargo, ¡y hasta qué punto! Tomaba parte en la alegría de las demás con una satisfacción y gusto que contagiaba a todas, apareciendo en tales ocasiones como la flor de la salud.

## *VIDA Y APOSTOLADO DE GUERRA*

La propaganda de la palabra de la Iglesia se hacía cada vez más difícil a lo largo de aquel verano de 1944, en el que debíamos continuar la adoración pública en San Julián, cerca de San Marcos, iglesia que distaba casi media hora de camino del palacio de Sarvognan.

«¡Quería tanto a Jesús! -escribe Angelina de la Eucaristía:- Como todas nosotras, permanecía con frecuencia dos horas delante del Señor expuesto en la Iglesia de San Julián, de Venecia, después de haber venido desde Cannaregio, sin otro alimento que el que le proporcionaba la maestra cuando antes de marchar le daba un pedacito de pan con algunas nueces. A nuestro regreso nos esperaba una abundante menestra de guerra y patatas a discreción: algunos meses antes de la liberación también ella comía, como todas, galletas de guerra, agusanadas, y ¡ojalá que no hubieran faltado cada día!». También el aprovisionamiento se hacía cada vez más difícil, y en estas ocasiones Antonietta de S. Lorenzo, Lucia del Angel Custodio y Magdalena, destacaban entre todas las demás.

«La veía aparecer en Morgano y desaparecer al instante, como si fuera una aparición, nos refiere una de las aspirantes. No dejaba otro rastro de su paso más que por el ruido que hacían las ruedas de la bicicleta, que tan diestramente manejaba, al rodar sobre la gravilla de la plaza». Algunas veces las misioneras que hacían la cuestación volvían tan cargadas de hogazas que podíamos distribuir las entre los partisanos de Santa Maria la Mayor, previa autorización y salvoconducto de los alemanes. La cara de Antonietta era tan expresiva, y la de Magdalena tan limpia, que los fascistas

policías se hacían los distraídos, como si no las vieran.

«Casi todas las mañanas, continúa la cronista, salíamos a primera hora, de dos en dos. La Maestra y la Madre nos acompañaban hasta la estación. Dejábamos el tren en el cruce Mira Mirano: desde allí partíamos, dos a Mira, dos a Dolo, dos a Mirano. Así se pasan los pueblecitos. Al regreso alegría y fiesta en familia, reparto de provisiones de boca y referencias de penas y de muertos en la guerra.

Cuando se utilizaba el filobus, nos proporcionaba siempre sorpresas: por la tarde no existía ya el servicio de la mañana, y desde el viaducto de Mestre debíamos llegar hasta al puente, mientras que, alrededor, el espectáculo de las nuevas destrucciones encogía nuestro ánimo. Una tarde sonaba la alarma al llegar al puente. Los soldados intentaban parar los coches que caminaban como topos entre los escombros: oíamos el ruido de los aviones de reconocimiento. ¿Qué hacer? Hubiera sido muy peligroso quedarnos allí, ya que cerca se encontraban grandes depósitos de gasolina. De vez en cuando, desde los referidos depósitos sale un autobús cargado de obreros. Se para: a fuerza de empujones conseguimos entrar en él con nuestras bolsas pesadas, y cuando está ya a punto de partir, llegan Magdalena y Angelina.

Descienden dos obreros para hacerles sitio, y quedan a la parte de fuera del autobús, en el aire, sostenidos por los brazos de sus compañeros... Nos conmueve el espectáculo hasta hacer-nos llorar. Les prometemos rezar por ellos, y al llegar a la Plaza de Roma, nos indican las sirenas que ha cesado la alarma. ¡Ahora son los obreros los que nos dan las gracias!».

No se le podía mirar a la cara a Magdalena sin pensar en la inocencia que en ella se reflejaba, y seguramente en esto pensarían todos al contemplar a aquella pequeña hermanita, que era pobre como ellos, y que como ellos se exponía a los peligros de las incursiones aéreas, y que dejaba hablar a su

compañera, mientras ella, con su rosario entre las manos, rezaba y rezaba.

¡Estamos seguros: están con nosotros los ángeles!

Hacía participe a su compañera de su imperturbable alegría, y ponía la nota cómica en los más trágicos momentos.

«Era preciso ir a Treviso para recoger unas judías que nos regalaba el Obispo: llegamos por la tarde en el filobus: la ciudad parecía desierta. Al amanecer, al día siguiente, debíamos levantarnos y reemprender el camino con medio saco de legumbres.

-Déjame llevarlo a mi, que bien puedo, decía Magdalena: y yo insistía en tirar de él como ella, con lo que redoblábamos el trabajo. Pasado el viaducto de Treviso encontramos de nuevo el filobus, que nos llevaría hasta los alrededores de Mestre, donde debíamos dejarle, ya que no continuaba por los bombardeos. Nada que hacer. Recogemos nuestra carga y a caminar de nuevo.

Llegamos al puente, se oye la sirena: los pocos obreros que hacen el turno de noche, salen corriendo por encima de las vías y huyen a la desesperada hasta ponerse a salvo más allá del descampado que se extiende hasta la laguna. Los aviones están ya sobre nuestras cabezas.

-Vamos también nosotras hacia allá abajo -dice Magdalena- pero las piernas no nos obedecen, aparte de que no queremos abandonar nuestro saco de legumbres.

Reemprendemos de nuevo nuestro paso y nos acercamos a un muro en que se podía leer: «Almacenes Generales», situado a unos cien metros de los depósitos de gasolina: Magdalena me hizo reír con el éxito de nuestras judías, cuyo saco era la única protección con que contábamos en aquellos momentos.

Al cesar la alarma, como unos veinte minutos después, nos encontrábamos en casa, donde no se oyeron las risas, porque



en Marittima a aquella hora caía del cielo una lluvia infernal...».

Estas aventuras misioneras iban precedidas y seguidas por períodos de lectura y de silencio, en los que se encontraba Magdalena como en su propio elemento.

«Estaba siempre muy atenta a las lecciones que nos daba la Madre, escribe Angelina, y parecía siempre absorta. Su alma inocente se transparentaba en su alegre sonrisa y en su alegre mirada durante nuestras movidas recreaciones. Eran sus características el orden y la obediencia, y en varias ocasiones, a lo largo de nuestro noviciado, fue propuesta como ejemplo de todas, como hermanita mayor».

«*POR TI, SEÑOR...*»

Nos cuenta una de las hermanas que Magdalena, en el mes de noviembre, dió muestra de no encontrarse en plena salud: un forúnculo raro apareció en su mejilla izquierda. Había engordado: había perdido la línea.

Durante las primeras horas del sueño, también ella daba muestras de lo que le costaba el levantarse al oír la señal de alarma, que se repetía casi a diario, como si la pagaran por despertarnos.

Eran formaciones aéreas, de paso para Alemania, y en los refugios se rezaba por los pobrecitos que morirían en la incursión.

La Madre quiso que la visitara un médico en aquel mismo mes de noviembre, y precisamente un médico de gran reputación, el cual nada descubrió en ella que pusiera en peligro su salud, por lo que dijo que estaba sana y robusta: podía trabajar y andar.

«Continuó el noviciado -escribe otra de las hermanas- siempre generosa, pero hacia noviembre, más lenta en el movimiento de la vida común, provocando esta circunstancia que la viera un médico. También yo estaba presente en la visita, y después de haberla reconocido el profesor, dirigiéndose a la Maestra, le dijo:

-Hágala trabajar, porque está muy gruesa.

Magdalena continuó por lo tanto trabajando, sin escatimar esfuerzos. Bajaba y subía la larga escalera para recoger y transportar el agua desde la planta baja del inmueble, alternaba con nosotras en el fregadero y lavadero, iba de misiones como antes, asistía como siempre a la

oración, distinguiéndose entre todas en la Capilla por el grosor de su cuello, que parecía hinchado».

«Se encontraba siempre serena en medio de los sacrificios continuos que la guerra traía consigo, especialmente a ella, que aparecía siempre con su cara redonda y robusta, añade otra de sus connovicias. Me había hecho a la idea de que era insensible al sufrimiento, y en cambio, en una ocasión, cuando creía que nadie la podía ver, oí que decía entre sollozos:

¡Por Ti, Señor, sólo por Ti!

Bajaba las escaleras rígida en sus movimientos, especialmente del cuello, pero siempre sonriente. En seis meses de postulante no la vi nunca con la cara triste. Llorar y reír a la vez, sí, porque no era precisamente flemática. Una vez, distribuyéndonos el trabajo en el ropero, nos amonestó con viveza:

-Haced bien lo que hacéis-.

Pero después, como avergonzándose, añadió:

-Perdonad, hermanas, me he equivocado...

No la perdíamos de vista, sin embargo: el forúnculo nos dió la alarma, y avisamos en seguida al médico de la casa, que la receté una pomada. Pero al descubrirla un día la espalda para conocer la causa de aquella inflamación del cuello, noté un pequeño desnivel en el esternón. Justamente preocupada, pedí a las Damas que me indicaran la dirección de un especialista, y me encaminaron al que por entonces era afamado profesor Vitali, el cual me quitó toda preocupación.

-Hagala trabajar y andar, nos dijo, porque es un organismo sano y robusto.

Cuando Jesús quiere asociar a un alma a su Pasión redentora, ciega inclusive a los médicos más expertos y a los más cuidadosos y tiernos superiores, hasta convertirlos en instrumentos de sus misteriosos designios. Así lo entienden la Madre Greyfié en la vida de Santa Margarita M. de Alacoque y

la Madre Gonzaga en la vida de Santa Teresa del Niño Jesús, y la Madre Vauzou en la de Bernardita: religiosas que recibían todos los días al Amor y, aunque con sus defectos, querían tan sólo glorificar al Amor con las maneras de proceder que desgarraron y santificaron a sus hijas elegidas, en las que Jesús quería prolongar su sacrificio por la Iglesia. De este modo la pobre Magdalena continuó siendo modelo para todas en el sacrificio común, y yo, convencida en virtud de la prescripción del médico, de que el movimiento fuese de necesidad vital para su organismo, la dí orden de suspender su trabajo sedentario en el ropero, y de acompañar a la ecónoma en su faena de recoger provisiones.

La obedientísima hijita creyó a pies juntillas lo que decía la Madre, y se convenció de que no estaba enferma. Sólo se permitió advertir a la hermana que ella misma le había empujado a abrazar nuestra vocación austera, a pesar de sus años y su deficiente salud.

«Volví a verla el día 21 de noviembre de 1944, fecha de mi entrada en el postulante, y después en la fiesta familiar que se organizó en honor de las tres nuevas postulantes. Recuerdo un suave gemido que llegó hasta mí al pasar por el dormitorio:

¡Se sufre tanto!... y no oí más.

Regresé con nuevos ánimos a Morgano, y después no la volví a ver».

## SUS «SANTAS OBEDIENCIAS»

Algunas hojas de una agenda, que se salvaron de la destrucción de todo aquello que la pertenecía, explican esta su obediencia, ejercitada en grado heroico en cuanto a su juicio: última grada a la que solo se llega después de pasar por todas las demás. Magdalena las sube con la vista fija en la Madre que Jesús le ha proporcionado.

-Yo miro siempre cómo hace la Madre.

Bajo el título «Santas obediencias» toma nota de todas las palabras, aun de las dialectales: «No sorber la sopa haciendo ruido», «No rascarse la cabeza», y aun aquellas que parecen ilógicas: «No toser más de tres veces en la Iglesia...».

Vuelvo a oír mi voz en los 85 puntos que aparecen en su lista: las pequeñas advertencias hechas ocasionalmente y como de pasada, los fuertes tonos de las reprimendas, las advertencias que pedían los defectos de las novicias y la necesidad de su formación, humana primero, cristiana y religiosa después, sugeridas y expuestas en términos humanos más que de escuela.

La Maestra es el portavoz de la Madre, y la hace acreedora a la obediencia, que ha de ser con ella «delicadísima».

Magdalena lo es hasta la exageración, diríase que capta al vuelo hasta sus más pequeños deseos: se impone a sí misma, por ejemplo, el «rezo del Santo Rosario entero», sin que nadie se lo haya ordenado.

Pero yo no me enteraba de nada; no me ocupaba de ella: era la que menos se me acercaba. Nunca me habló de su familia, ni de su salud, ni siquiera de sus necesidades espiri

tuales. Podía creer que no los tenía. Su entrega era sin manifestaciones exteriores: sobrenatural por completo.

-La Madre, dirá ella a una enferma- tiene el Corazón de Jesús.

Lo descubría ella, bajo las flaquezas de su Madre, como la fe lo descubre bajo las apariencias del Pan eucarístico y se entregaba a la voluntad de ella con la seguridad de que su entrega la hacía a la voluntad de Dios del modo más infalible.

-No comprendo -dirá ella, también- a las hermanas que se esfuerzan por buscar otros caminos.

### «SANTAS OBEDIENCIAS»

1. Orden en mi persona, en la celda, en todo.
2. Silencio absoluto.
3. Hablar en voz baja.
4. No rascarme la cabeza.
5. No sorber la comida con estrépito.
6. No dar órdenes a nadie.
7. Ser delicadísima con la Madre.
8. Ser puntualísima.
9. Estar en la Iglesia con las manos juntas.
10. No apoyarme en el banco desde la Consagración hasta después de la Comunión.
11. Dejar siempre limpio y ordenado el baño.
12. Ir siempre por los lados de la escalera.
13. Apagar siempre las luces.
14. Guardar en todo la santa Pobreza.
15. No hablar nunca a solas, por reverencia, con el Sacerdote.
16. Por la noche dejar registrados el Oficio divino y el Misal.
17. Poner en orden las medias al acostarme.
18. Seguir las ceremonias de la Misa con arreglo a la Liturgia.
19. No hablar nunca en la Iglesia sino por pura necesidad.
20. Sonreír constantemente.

21. Ordenar las cosas de las hermanas, sin que ellas se aperciban.
22. No hablar de la propia familia con los seglares.
23. Limpiar bien el peine cada ocho días.
24. Lavarse el cuello todos los días.
25. No tener en el armario más que las cosas necesarias.
26. Hablar en italiano.
27. Estudiar a diario el Catecismo.
28. No andar por la casa a medio vestir.
29. No mostrarme nunca cansada o desfallecida.
30. No hacer apostolado fuera de lo que me manden.
31. No usar las prendas de las demás sin permiso.
32. No poner los codos sobre la mesa.
33. Cerrar con cuidado las puertas.
34. No adelantar opiniones que nadie me pide.
35. Hacer en la meditación propósitos prácticos.
36. Seguir a la letra las indicaciones de la Madre.
37. Tener caridad con las hermanas.
38. Ser generosa.
39. Rezar bien todas las oraciones.
40. Seguir las oraciones con el libro.
41. No hablar durante la lectura.
42. Escribir la sigla C. J. J. C.
43. Tener cuidado con los libros de la comunidad.
44. Apreciar las cosas menos agradables (más feas).
45. Tomar la ceniza cuando falte al silencio.
46. No pedir nada, sin permiso, por carta.
47. Antes de entrar en casa enviar un beso al Corazón de Jesús.
48. Escribir a diario el propósito de la meditación.
49. Al primer toque de campana, colocar sobre el armario el Misal, el Oficio y el velo.
50. No llevar nunca las manos colgando.
51. Recibir de rodillas las órdenes de las superiores.

52. Pedir de rodillas lo que me haga falta.
53. Besar la tierra cuando se habla en el dormitorio.
54. No tirar nada por las ventanas.
55. Voltear con delicadeza las hojas del Misal.
56. Rezar a diario el Santo Rosario entero.
57. Rezar el «Magnificat» por la mañana y por la noche.
58. Hacer siempre la cama en igual forma.
59. Leer todos los días las obediencias.
60. Ir a Jesús por Maria.
61. Ser puntual al horario de la comunidad.
62. No tener nunca agujas o alfileres clavadas en el vestido por delante.
63. Doblar la ropa que se haya de mandar a lavar.
64. Bajar la cabeza, inclinándola, al pronunciar el nombre de Jesús.
65. Cerrar la puerta de la sala.
66. Colocar, con cuidado, cualquier objeto sin hacer ruido.
67. Me acusaré inmediatamente de cualquier falta que cometa.
68. No mirar en la mesa al plato de las demás.
69. No hablar con las profesas, sin permiso.
70. No toser más de tres veces en la Iglesia.
71. Obedecer sin reticencias.
72. Querer siempre y elegir aquello que no me gusta.
73. Guardar religiosa compostura en el treno.
74. No colocarse en el puesto de las Superiores, ni siquiera en broma.
75. Ocupar siempre en la Iglesia el puesto propio.
76. Evitar ruidos y estrépitos (deseo de la Madre).
77. No interrumpir nunca cuando hable la Madre o las hermanas.
78. Anotar por las noches todas las faltas.
79. El orden en todas las cosas (deseo de la Madre).
80. Seguir en todo los deseos de la Madre.



81. Limpieza en la persona.
82. No preguntar nada y no rechazar nada.
83. Comer siguiendo las reglas de la buena educación.
84. Hacer todo aquello que hace la Comunidad.
85. Apresurarse a realizar las más humildes tareas.

«Es todo lo mismo»: Magdalena ponía de esta manera en práctica la máxima de San Francisco de Sales y para ella era lo mismo, «enviar un beso al Corazón de Jesús antes de entrar en casa», «cerrar la puerta de la escalera», «ir a Jesús por María», «no mirar al plato de las otras en la mesa», «seguir la Santa Misa con arreglo a la liturgia» y «apresurarse a realizar las más humildes faenas». Todo para ella era amor, porque todo era santa obediencia y el amor no admite distinción entre las órdenes y su cumplimiento.

Por lo tanto, cuando la dije convencida: -Magdalena, hay que correr, lo ha dicho el médico, ella corrió. Y no solo «a realizar las faenas más humildes», sino hasta las cosas fatigosas y hasta la muerte, ¡pobre hijita!

«Era en tiempo de guerra -cuenta Jole de la Virgen- y nuestra casa de Treviso estaba cerrada a consecuencia de los bombardeos. Era preciso ir a recoger a ella cosas y fuimos nosotras dos: Magdalena y yo. En la Plaza de Roma no circulaba el filobus a consecuencia de una alarma.

Dándonos mutuamente ánimos, hemos entrado en el largo puente rezando. Se había unido a nosotras una pobre mujer que llevaba una pequeña maleta que de continuo se cambiaba de mano: La ayudamos en seguida; era sal y parecía plomo. También la misma Magdalena, después de varios intentos, debió darse por vencida. Pero mientras tanto habíamos llegado a Marghera. Ningún filobus ni aquí ni en Mestre, porque no había cesado la alarma. De nuevo nos pusimos en camino, y ahora ya más aligeradas de peso, porque la pobre mujer se había alejado en busca de mercado para su sal.

El cansancio se dejaba sentir, y entre uno y otro misterio del Santo Rosario, buscábamos algún medio ocasional de transporte. Cerca de Mogliano vimos llegar un borriquillo tirando de un pequeño carro y el dueño nos obligó a subir a él, que resultó para nosotras más cómodo que una butaca.

Al llegar a Treviso desapareció nuestra fatiga: la Iglesia y la casa permanecían en pie. Volvimos ya a última hora de la tarde en el filobus ¡por especial gracia de Dios! La Madre nos esperaba llena de ansiedad; en seguida nos proporcionó alimento y cerramos el día con un recreo muy animado.

¡He pensado tantas veces, después, en esta caminata de Venecia a Treviso! y siempre he recordado a la heroica compañera Magdalena, de cuyos labios no salió nunca una queja ni por el cansancio, ni por el frío, ni por la pesada maleta que daba con su peso rigidez a la espalda hasta hacerla cambiar el color. Todo el día discurrió en una oración ininterrumpida.

Tengo aún su cara delante de mis ojos: «serena, tranquila y siempre sonriente». Diciembre de 1944.

## *OCTAVARIO 18-25 DE ENERO*

18 de enero de 1945. En la iglesia de San Julián donde se turnaban las novicias para hacer la vela al Santísimo, aparecían en el tablón los anuncios del Octavario de Oraciones para la Unión de las Iglesias, días que las Hijas de la Iglesia debían llenar con sus oraciones, uniéndose a la plegaria de Jesús: Pater, rogo ut sint unum: y con su Santa Madre: -Ut omnes errantes ad unitatem Ecclesiae revocare... te rogamus, audi nos.

Había entre las ocho novicias una doctora y una maestra que conocían la triste situación de las Iglesias separadas, el movimiento de los protestantes en favor de la unión y el movimiento de los católicos romanos en favor del encuentro: pero aún no se conocía la semblanza biográfica de Sor Gabriela, la monjita trapense que se sacrificó hasta dar su vida por el retorno de los disidentes; estaban interrumpidas las comunicaciones con Roma y por lo tanto con el pequeño grupo de nuestras estudiantes, que se encontraban bloqueadas. Estaba yo en la obligación de enseñar a aquellas pobrecitas ignorantes y conseguir de ellas un máximo de generosidad, dada la urgencia del problema y su grave necesidad.

-Hijitas, vosotras sabéis muy bien, que no puede nacer en la Iglesia una Congregación nueva sin una finalidad específica que la distinga de las ya existentes, y que justifique la necesidad o por lo menos la oportunidad.

La necesidad de la oración fue proclamada por Jesús mismo y a esto se debió que surgieran inmediatamente las Ordenes contemplativas. Ellos ruegan, sin interrupción, día

y noche, cumpliendo el precepto divino de orar siempre. Pero también mandó predicar, y pasado el primer milenio de la vida de la Iglesia, la necesidad de una predicación cada vez más vasta y minuciosa provocó la aparición de las Grandes Ordenes de los Predicadores. Hacia el mil quinientos, Lutero dividió la Iglesia, y siguiendo su ejemplo, otros, después de él, la subdividieron en otras tantas Iglesias separadas de la única fundada por Jesús.

Continuaba sin interrupción la plegaria, seguía con apasionamiento la Predicación: ¡acordaos de Santa Teresa, acordaos de San Francisco Javier! Pero los surcos de la separación se hicieron cada vez más profundos, hasta el pasado siglo cuando vino la Virgen, la Madre, a recordarnos otro de los mandamientos de Jesús, no menos tajante que el de la oración y el de la predicación: la Penitencia, el padecer.

Jesús rogó al Padre por la unidad de su primera Iglesia y al día siguiente «se entregó a sí mismo, por ella». Ella, su misterioso Cuerpo, nació, como cantamos todos los días, de «su Corazón traspasado».

Para la vuelta y la unión de las iglesias separadas es preciso rezar con Cristo: «Pater, rogo ut sint unum» y nosotros grabaremos esta oración en todos los Tabernáculos. Pero es preciso, también, sufrir, porque si no somos una misma cosa el mundo no creará, Lo dijo El: «Padre, que sean una sola cosa... para que el mundo crea». ¡La conversión del mundo a la fe depende de la unión! ¡Es tremenda la urgencia de la «Oración» y de la «Penitencia» para la Unión!

Hijitas, nosotras estamos aquí para esto: para ser una sola cosa, a fin de que el mundo crea, y para que sean una misma cosa, primero los que estamos unidos y después los que están separados. Por esto debemos rezar, y por esto debemos sufrir «sobre todo, llevando unas el peso de las otras» que es el sufrir más callado y el que más pesa.

Las caras de las novicias estaban atentas al trabajo y se

veía en ellas la preocupación por el tema. Magdalena levantó su rostro en el que resaltaban sus ojos centelleantes. ¡Le había sido siempre esto tan fácil!

-Soportar una palabra dura -proseguí.

-Sonreír ante un rostro agrio.

-Compadecer un comportamiento incivil.

-No hacer caso de una tontería.

-Pasar por ella, olvidándola, como aconseja la pequeña Teresa.

-Dejarnos quitar, aún lo que necesitamos, sin reclamar nada.

-Dejar que se nos adelanten en nuestras iniciativas.

-Consentir que otras triunfen en el recreo.

Este padecer en cosas pequeñas es lo que fomenta la unión entre los que deben estar unidos, atrae a los que están separados, consigue la Fe para los incrédulos, que es, precisamente, la aportación de la predicación y el don de la Unión.

Magdalena continuó mirándome y sonriéndome, pero fiel a sus propósitos números 41 y 77, no dijo nada.

Cuando nos hayamos ofrecido a sufrir de este modo por toda la vida -terminé- ofrezcamos, también, nuestra misma vida.

Vi enrojecer a Magdalena de un modo violento, mientras que el color verde turquesa de sus ojos se cargó de manera inusitada. También yo la miré con detenimiento esta vez: estaba a punto de descubrir en ella una intensidad de ardoroso anhelo insospechado hasta entonces.

Siempre había tenido de ella el concepto de que era buena, generosa, preparada por la Gracia para la contemplación, pero todas eran buenas, generosas, ávidas de oración; su generosidad se confundía con la de las demás, como condición de vida, impuesta a todos por la guerra, más fácil en nosotras por encontrarse en sus principios la

Congregación y por los ejemplos magníficos y heroicos que nos había dejado nuestra Olga de la Madre de Dios, muerta en olor de santidad dos años antes.

Magdalena, fiel a sus obediencias números 20, 21, 29 y 82, con su sonrisa, con su caridad oculta, con su prontitud para ayudar sin tener en cuenta sus cansancios y agotamientos, con su fidelidad a la consigna de no pedir nunca nada, se había ocultado de tal manera que yo la estimaba naturalmente buena, sin problemas y hasta quizás sin aspiraciones. Nada tenía que pedir, ni siquiera para su espíritu: ni un consejo, ni un libro, ni una ayuda.

Me lo confirmaban ahora aquellos grandes ojos abiertos por un deseo regulado pero acuciante. Los tengo siempre ante mi vista, como su auténtica fotografía.

Terminada la lección volvieron las demás, en silencio, a sus ocupaciones habituales. Magdalena se quedó en su sitio y tan pronto como me vio sola, se me arrodilló y me dijo con la cara encendida:

-Madre, ¿me permite ofrecer mi vida a Jesús por la Unión de la Iglesia?

-¿Por qué no?-le contesté- no me has oído, todas pueden ofrecerla y como si todo fuera lo mismo, le encargué que plegara con presteza los delantales de las hermanas.

Satisfecha se fue volando a su trabajo de ropero que ya no interrumpiría hasta por la tarde, para bajar y subir desde la planta baja con el agua que necesitaba la Comunidad.

En la lección de la mañana siguiente y de las sucesivas, la urgencia de la Oración y de la Penitencia procuré confirmarla con los nuevos datos históricos tomados de las hojas de propaganda que circulaban, mientras que para el día 25 de enero, último día del Octavario para la Unidad, se preparaba una clausura solemne en San Marcos, sobre la *Nicopeia* que habríamos pedido por la Unidad de los hermanos separados, por la caridad de los hermanos unidos

y para que la Unión pedida por Jesús se realizase incluso con la pequeña contribución que nosotras aportábamos con nuestra unión.

Pero aquella mañana, la camarilla de Magdalena no se abrió. Levanté suavemente la cortina para no sorprenderla de improvisto y su cabeza se levantó de la almohada, con el rostro encendido, pero con gran dificultad. No podía ya moverse. Llenas de espanto la ayudamos poco a poco, y sólo así fue posible que se levantara, que se pusiera en pie y se vistiera.

No consentí, sin embargo, que fuera con nosotras a San Marcos, y la llevé muy de mañana al profesor De Marchi para que le hiciera radioscopia.

En la oscuridad de su gabinete de rayos X, el profesor, me indicó, por señas, con el dedo, a la altura de la quinta vértebra cervical un punto oscuro del que salía «arroyito» negro.

Abceso óseo, enfermedad o mal de Pott, me dijo con la seguridad de una sentencia, y ordenó que fuera ingresada de urgencia en el Hospital del Mar.

## «NO ME ARREPIENTO»

Parecía que todo colaboraba para que su mal empeorara por momentos. Imposible llevarla hasta la «Riva degli Schiavoni», porque las alarmas aéreas se sucedían sin interrupción. Ni siquiera el vaporcito, que hacía servicio hasta el Lido, funcionaba, por lo que fue preciso transportarla en una barca. En el Lido pudo encontrarse, a fuerza de largas pesquisas, un cochecito de caballos que acabó por deshacer a la pobre enferma. En el hospital, debido a la escasez de combustible, faltaba la calefacción en aquellos días últimos de enero, cuando tanta falta hacía por el rigor de la estación. Yo no pude dormir en toda la noche bajo aquellas mantas de soldado y entre las sábanas húmedas.

Se enyesó en seguida a la pobre Magdalena: su cara, que parecía rebosante de salud, emergía como un flor desde el alto cuello de yeso, aunque ya por muy pocas semanas. Una violenta pleuresía, con fiebre altísima, obligó a los médicos a quitarle el yeso, y la enfermedad de Pott no se pudo ya contener.

Pudimos verla, *durante un año y medio*, rígida en mitad del lecho, con la cabeza inmóvil, con las piernas primero extendidas, y más tarde levantadas por medio de barras de hierro: feliz, cuando, al cambiar el turno de asistencia, podía vernos a través del espejo que a guisa de dosel habían colocado sobre su cabeza.

-¿Qué tal estás, Magdalena? ¿Has visto?  
Con Jesús no se juega: ¡qué misión te ha confiado!  
¿Contenta, verdad?



-¡Oh, sí, Madre!- y los ojos azules como el cielo se llenaban de alegría y de lágrimas.

«El 23 de marzo del '45, a las cuatro de la tarde, tuvo lugar el primer bombardeo, y en el puerto fue hundida una nave. Desde el refugio nos daba la impresión de que el palacio se tambaleaba. La explosión fue tremenda: la nave estaba cargada de municiones. Desde entonces los vaporcitos hacen pocos viajes al Lido. Una mañana de abril me envían recado de que vaya a visitar a Magdalena: llego casi a mediodía: voy corriendo al hospital y apenas puedo entretenerme unos momentos para no dejar a la Madre con su incertidumbre. La hermanita llora: sus piernas se agitan con terribles convulsiones que irradian de las vértebras cervicales. Le han quitado el yeso y no es capaz de realizar los movimientos más necesarios sin unas extraordinarias cautelas. Dejo el hospital porque es tarde, y ella queda llorando».

«La hermana Asunta era infatigable, pero conseguí de ella que me permitiera sustituirla, y permanecí junto a la enferma dos noches y un día. Era feliz, y la enfermera me encomendó que le pusiera las inyecciones. Me quedé asombrada: su piel era áspera y seca como el pergamino: yo sudaba y ella se reía:

-¿La has puesto ya? No me he dado cuenta.

Lo decía por delicadeza: ¡era tan jovial!

Pero a cada movimiento un poco brusco, decía entre gemidos:

-¡Ay, mis pies!

Los pies me daban miedo: eran monstruosos, unidos a aquellas piernas tan delgadas como las de un niño. Ya tenía motivo para la meditación: “Bienaventurados los pies de los que predicán la paz”.

Procuré darles masaje mientras no dejaba ni un momento de hablar, y así pude lograr que se retrasara en una hora la

inyección de morfina. Pero no podía más: era toda ella un dolor: Corrí en busca de la enfermera...

-Póngala una inyección, por caridad -me dijo.

De este modo le propiné la segunda inyección, la coloqué bien en el lecho y pudimos descansar.

A la mañana siguiente la Madre me llamó por teléfono para preguntarme si me encontraba en condiciones de seguir otra noche al lado de la enferma, ya que Sor Asunta no encontraba medio de ir a sustituirme.

Acepté de buen grado.

El segundo día lo pasé regular, entre las faenas de limpieza, las inyecciones, las visitas del médico; pero la noche fue más movida. Cuando rebajamos la luz del corredor, quedó la habitación como en penumbra, en la que vagaban formas extrañas y misteriosas. Magdalena era un gemido continuo.

- ¿Qué puedo hacer por ti, Magdalena?

Mientras giraba alrededor del lecho, separándola un pie que debía estar inmóvil, o bien cubriéndole un hombro con las sábanas, o enjugando las lágrimas de sus ojos, de improviso vi que la enferma soltó una carcajada:

-Me pareces exactamente un palomo de los de la Plaza de San Marcos-... y comenzó de nuevo a llorar.

A las once de la noche le puse una inyección de morfina, y no me separé de ella hasta que se tranquilizó.

-He visto un Calvario con dos cruces-, me dijo al despertarse... -Eran para la Madre...».

Esto nos cuenta Antonieta.

En primavera de aquel año conseguimos del Patriarca el necesario permiso para que Magdalena emitiera sus votos.

Cubrimos el lecho de margaritas, y delante de la Hostia Santa, antes de la Comunión, Magdalena, cubierta con el blanco velo, se ofreció toda entera a Dios y a la Santísima Virgen con la fórmula aprobada para la Profesión religiosa.

«Nos, autem, gloriari oportet in Cruce Domini nostri Jesu Christi».

Esta frase, cantada en nuestras profesiones, tenía también para ella, que se sentía tan poca cosa frente a San Pablo, a quien le dictó el Espíritu Santo, y a San Francisco, a quien se lo aplica la Liturgia, su propia confirmación.

-Magdalema, quizás no pensabas que el Señor fuese tan pillín- le dijo una hermana.

¡Creías que bromeabas, pero Él te ha tomado la palabra!

Y con el mismo tono burlón, contestó al instante sonriendo:

-Pero a mi no me pesa, ¿sabes? Estoy contenta. Sólo pido que me dé fuerza.

-Un día la pregunté- cuenta una hermana:

-Magdalena, ¿por qué te encuentras aquí?

-He dicho en broma una palabra a Jesús y Él la ha tornado en serio, me contestó, pero no me pesa.

Y Angelina dice: «La hermana enfermera me ha obligado a quedarme con las otras hermanas, mientras con toda delicadeza le daba la vuelta para hacerle la cura. ¡Qué camiceda! Del cuello para abajo era toda ella una llaga que parecía una gangrena, y las piernas paralizadas parecían hechas de cartón-piedra. No tenía figura humana. La pobre hermanita se revolvió exhalando sólo algún suave lamento».

«Cuando la curaban -cuenta otra enferma- salía de su habitación un fuerte olor a cadaverina, y de la espalda le salía el pus como si fuera un grifo».

-Sufro mucho, le dijo a Angelina, pero no me vuelvo atrás: nunca dije a Jesús que no.

## «ESTOY DE ACUERDO CON JESÚS»

Magdalena soportaba sus sufrimientos con la sencillez que era en ella característica: nada de dramatismos.

Se acusó de haberse visto guapa en el espejo que le pendía defrente, y el Confesor mandó que se pusiera sobre él la imagen de Jesús Crucificado.

-¿Me perdonará Jesús? repetía sin cesar, por este instante de complacencia. Otra hermana pedía constantemente morfina y ella nunca la había pedido.

«Aludiendo a una de las lecciones de la Madre, refiere Gina de Santa Teresa del Niño Jesús, que para hacernos comprender en qué consiste la toma de posesión de un alma por parte del Señor, había puesto el ejernplo del “organillo que siempre le suena dentro”, de tal modo que el alma conserva su serenidad aún en el sufrimiento, la preguntaba si también ella experimentaba en su interior esta delicia.

¡Ay, sí! -me contestó-, de vez en cuando el Señor deja oír en mi alma el sonido de su “organillo”; si así no fu era ¿como podría resistirlo? Pero siempre por poco tiempo; después me deja sola y se limita a examinar si me comporto como una valiente Hija de la Iglesia».

Y Asunta nos dice, que cuando venían a visitarla las hermanas, le hablaban de la unión con Dios, repitiéndole las lecciones de la Madre.

¿Pero en qué consiste esta unión con Dios?, preguntaba.

¿Es quizá la alegría que siento en medio de los dolores, sin fastidio y sin cansancio?

Nunca pude observar en ella un acto de impaciencia o de arrepentimiento por la promesa hecha. Si pedía un poco de alivio era para poder rezar. Durante la procesión del Viernes Santo

deseaba unirse a los cánticos litúrgicos con sus alabanzas, pero la intensidad de sus dolores no se lo permitía.

-¡Para algo habrá hecho Jesús que se descubran las medicinas!- me dijo; pero no continuó. Convencida de que no podía rezar, llegó a un acuerdo con Jesús de que, cada uno de sus lamentos, fuese la petición de retorno a la Iglesia Católica de un hermano de los que militaban en las grandes filas de los separados, por los que se había ofrecido.

Jesús le daba continuas pruebas de haber aceptado su ofrecimiento, su inmolación.

Cada vez que repetía su oblación las inyecciones perdían su eficacia sedante.

Un día, una de las hermanas, en su deseo de probarla, le dijo que resultaría más edificante pedir almas a Jesús, que lamentarse como ella lo hacía.

Magdalena se calló, pero apenas salió la hermana, dijo:

-Cuando tengo dolores agudos, no me quedan fuerzas más que para decir, ¡ay! Estoy, sin embargo, de acuerdo con Jesús que a cada quejido mío Él debe concederme un alma.

Un día la curó una enfermera de la Cruz Roja, menos delicada que las otras, y Magdalena pedía el auxilio de Jesús y de María: -Sea buena, le dijo la señorita.

-¡Quiere Vd. prohibirme que pida ayuda a Jesús! -respondió Magdalena.

No le faltaron humillaciones. Cuenta una enferma lo siguiente: «Un día, girando visita el doctor, y acercándose a mi cama, hablaba con los otros médicos de Sor Magdalena.

-Es preciso quitar el yeso a aquella hermanita, porque no es humano dejarla sufrir así.

El médico encargado de aquella sección, contestó:

-No lo creo necesario; es una histérica que no tiene aguante para nada; dejémosla todavía algún tiempo y después veremos como sigue.

Pobrecita, no podía más: no encontraba reposo en ninguna

postura. Con mirarla a la cara era bastante para comprender lo que eran sus sufrimientos, velados con su silenciosa sonrisa. Cuando la preguntábamos que como se encontraba, contestaba de igual modo: -Bien; es necesario sufrir por la Iglesia Santa.

Pasados algunos días le quitaron el yeso; padecía una pleuritis con abundante líquido y principios de pus. Intentaron entonces tensarla poniéndole un peso a los pies y otro a la cabeza. En su posición de cúbito supino nos miraba sólo a través del espejo que tenía sobre la cabeza, sujeto a la cabecera del lecho. ¡Qué impresionante! Parecía a Jesús Crucificado.

Al notar que yo estaba a su lado y que nada le decía, me sonrió y dijo:

-¡Por la Iglesia! Los sufrimientos aceptados con amor tienen gran valor para la Santa Iglesia.

Nunca vi a nadie que sufriera tanto.

El Señor, para la vuelta de los hermanos separados, cargó el dolor sobre el cuerpo de su pequeña víctima, ahorrándole, quizás, de este modo, las misteriosas pruebas espirituales que padecen los que se dedican a la contemplación, por lo menos aquellas que hasta los más santos no podían callar:

-Tengo miedo... ayúdame a decir el *Ave María*.

Asunta dijo por lo bajo:

-Ave María, llena de gracia...

-Ave María, llena de gracia-, repitió Magdalena.

-Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

-Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús...

-Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

-Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

«Durante las últimas veinticuatro horas, fue su vida un continuo lamento, pero que respiraba suavidad, sumisión,

tranquilidad, serenidad; ni el más crítico de los espíritus hubiera sido capaz de descubrir en aquellos gemidos el más pequeño acento de impaciencia o de fatiga.

Se mostró muy sensible a la última prueba del corazón: ¡quería tanto a su pequeña familia religiosa! hablaba con todos cuantos la visitaban; repetía que éramos muy pobres, pero que nos queríamos todas tanto, que la Madre era para todas una verdadera madre.

No pudiendo asistirle como hubiera sido mi más ferviente deseo, la confié en manos de mis hijas más expertas y en los últimos meses a Asunta, que me habría sustituido con sus Ángeles. Fue feliz.

Asunta estaba siempre a su lado para animarla lo más posible; conociendo la virtud de Magdalena, le había ordenado en virtud de santa obediencia que procurara satisfacerla en todo.

-Dame un beso -le pidió Magdalena una mañana después de la Comunión.

Asunta estuvo un momento perpleja. Magdalena, siempre esquiva, ¿le pedía un beso? No entraba esto en sus costumbres. Pero recordó que debía obedecer a la madre y estampó en su frente un largo beso.

En mi última visita, una de las enfermas, indiscreta como ella sola, no nos dejó ni un momento libres, y la adormeció con el relato de todos sus males. A la salida del barco debí dejarla así y no me vio ya más.

El Cardenal Marchetti Selvaggiani que nos había alejado de Roma, nos llamaba de nuevo.

El Cardenal Patriarca me dio órdenes de presentarme. Obedecía temblando. Magdalena seguía grave, podía faltar de un día a otro. No quería estar alejada de ella en el gran momento. Al amanecer de Pascua de Navidad había ido para llevarla al Niño Jesús, y al regreso, precisamente en la Plaza de San Marcos, me comunicaron que Maria de Jesús

Crucificado había muerto pocas horas antes en Treviso.

No querría que se repitiera otro desgarro semejante. Y por otra parte, estábamos ya a fines de Mayo y Magdalena había esperado siempre que moriría en el ¡mes de las Flores y de Maria!

A mi regreso a Roma, tres días después, el 27 de mayo, antes de bajar del tren, las hermanas, me comunicaron entristecidas que Magdalena, entre espasmos atroces, gimiendo como un corderito, aceptando y ofreciendo sus sufrimientos y su muerte, había expirado aquella noche.

Inmediatamente la vi en su celda mortuoria, con la cara tumefacta del espasmo último, «sin belleza y sin esplendor» como su Jesús.

Me dijeron que enfermas y enfermeras habían tocado con devoción sus restos mortales, pasando por ellos sus rosarios, que hablaban de ella como de una mártir, de una pequeña santa. Fue sepultada humildemente en el cementerio contiguo al hospital, y en aquel emporio de enfermos, quedó de ella un recuerdo suave que el tiempo no llegó a disipar.



## *PEQUEÑA LUZ*

No sólo la recordamos, nosotras, sino que la sentimos de nuevo viva en cada Octavario de Oraciones por el retorno de los Hermanos separados hacia el corazón de la Iglesia. Todos los años, el 18 de enero, vuelve a entrar en todas nuestras casas y nos cuenta su historia: la invitación de Jesucristo, las vicisitudes que la condujeron hasta nosotras, sus pequeñas aventuras durante el postulanteo y el noviciado: carreras en bicicleta, los ángeles encendiendo su fanalito, sus paseos por el puente de la laguna... y después, el gran descubrimiento del dolor de la Iglesia por la desunión de sus hijos, su petición a Jesús en demanda de la unión el 18 de enero, fiesta de San Pedro, la respuesta de Jesús, el 25 de enero, la fiesta de San Pablo, y su martirio de esposa ofrecido diariamente sin arrepentimiento, y consumado sin alivios que la confortaran en el mes de María...

Las novicias quedan vencidas, mucho más que por la lectura de las proclamas y de las publicaciones sobre el tema que van aumentando cada año. También ella era una novicia e ignorante; no sabía escribir correctamente una carta, no podía dedicarse a las labores del apostolado, pero sabía amar a Jesús y su Espíritu «le había conducido por todo lo verdadero» hasta descubrir el Cuerpo misterioso en el que todos somos potencialmente «uno», pero que no podremos actualizar esta unión «si no se completa en este Cuerpo su Pasión».

Magdalena ofreció su aportación, como la trapense Sor Gabriela.

¡Quién sabe cuántos ríos, salidos de la única Fuente de la Gracia, y dispersados después, como un mar sin fondo y sin

riberas, habrán sido reabsorbidos, por estas dos inmoluciones, en este Océano de la Vida!

Miraba con ojos de ansiedad la jeringa que iba absorbiendo la morfina.

Asunta, a quien interesaba retardar todo lo más posible las inyecciones de morfina, siguiendo las indicaciones de la enfermera, le dijo un día: hagamos un sacrificio.

Amoratada su cara por el dolor, cerró inmediatamente los ojos y se concentró en sí misma. Bastaba recordarle su ofrecimiento, para que se reavivara su atención y se pusiera en guardia, como si se tratara de una consigna a la que se había sometido y a la que no quería faltar.

María de la Inmaculada que presencié una vez la cura que se hacía a la enferma, regresó a la casa tan impresionada, como si hubiera salido de unos Ejercicios Espirituales.

Madre, -me dijo- si quiere que las hermanas comprendan un poco a Jesús Crucificado y aprendan a amarlo, mándelas que asistan a una de las curas que le practican a Magdalena. No he visto nunca nada más escalofriante: ¡no he visto jamás un cuerpo que nos haga pensar más en el de Jesús Crucificado!

Por esta razón no quise que Magdalena volviera a su casa y familia con lo que, a la vez, logré para ella la inmensa satisfacción de que muriera como religiosa.

Muy difícil resultó para mí conseguir el oportuno permiso de nuestro Patriarca, Superior de la Congregación que acababa de aprobar, ya que su prudencia le inducía a temer males mayores. Éramos todavía tan pocas, tan pobres, tan cargadas de compromisos... La asistencia a una enferma de esta clase podía resultar, a la larga, una tarea superior a nuestras fuerzas...

Intenté, por fin, una nueva petición: -Es verdad, Eminencia, que es novicia, pero sabe sufrir, ¡déjemela!

Pensativo, calló de momento, mientras en silencio pedía a Jesús que accediera a mi súplica.

-Bueno, dijo, si quiere conservarla entre Vds., ¡téngala!

Magdalena hizo partícipe de su «inmensa alegría» a María de la Inmaculada.

«Venía yo de la casa de tránsito *Mater Salvatoris*. Mi deseo de ver a Magdalena era tan grande, que pedía a Dios iluminara a la Madre para que me encargara de su asistencia. Y así fue: cuando me preparaba para marchar, me dijo: María, saldrás mañana e irás a hacerle compañía por algún tiempo a Magdalena. Al llegar al hospital, con el alma llena de gozo, me encontré con Magdalena, enyesada hasta el cuello, pero rebosante, como yo, de felicidad, porque, al igual que yo, había sacrificado por Jesús el ardoroso deseo de verme, y Jesús nos concedía la satisfacción de este encuentro. No había sido la enfermedad el mayor de sus sufrimientos, sino el temor de que la enviaran a su casa.

No sabía como expresar su reconocimiento y gratitud hacia la Madre, por la gloria de seguir siendo hasta la muerte Hija de la Iglesia. Pasábamos las horas hablando entusiasmadas de la gran gracia de nuestra vocación por el sufrimiento, y de la otra gracia, aún mayor, de nuestra preparación para padecer, que no nos dimos cuenta del paso del tiempo y llegó la hora de partir, aunque, por lo que a ella respecta, el cambio de color en su cara, que iba desde la palidez al rojo más encendido, mostraban de manera clara, la grandeza del sufrimiento que la humedad del yeso, por una parte, y la pleuritis, por otra, le proporcionaban.

Magdalena sabía sufrir: era, por lo tanto, exponente maravilloso de la única ciencia que la Congregación nos exigía.

Todos los años, recordandoselo a las novicias, me proponía escribir algo sobre su vida para nuestra historia, pero el verdadero impulso, preciso para comenzar, no llegó hasta este

año, a través de una llamada telefónica del P. Lorenzetti, el conocido apóstol de la Radio, que habló de ella en el último Octavario por la Unidad, 18 - 25 de enero de 1958.

Cómo, ¿otra hermana por los Hermanos separados? Es necesario que se escriba algo sobre ella, es preciso que se dé a conocer.

Es una hermana menor. Ningún perfume al rededor de su cadáver. «En la habitación donde murió, refiere una de las enfermas, después de ocho días que permaneció cerrada, bajo la acción de poderosos desinfectantes, no se podía entrar, tal era el olor que aún despedía».

Ningún signo de conservación cuando se desenterraron sus huesos después de diez años de sepultura. ¡Antes al contrario!

Pero un ángel ha encendido esta pequeña luz, que no se apagará mientras sea precisa para que nos ilumine.

Revdma. Sor Gina:

Ayer por la tarde, en nuestra portería, he encontrado una verdadera sorpresa, el opúsculo sobre Magdalena. En verdad que no lo esperaba. Ha sido para mi alma como un alegre repicar de campanas.

Nada más, ver aquel librito y en su portada aquella cara serena e iluminada, he sentido en mi alma como una oleada de gracia.

Salía para ir a la Iglesia del «Gesù» y hablar en ella del Octavario para la Unidad de la Iglesia. Ciertamente debo a Magdalena que mi palabra fluyera ayer más apasionada y que el fruto entre mis oyentes tuviera algo de extraordinario.

Hoy me he leído de un tirón todo el libro. Nada hubiera logrado hacerme suspender su lectura. Es una espiritualidad tan genuina esta de Magdalena, con raíces en el Calvario y de tan asombrosa serenidad, tan sencilla y envuelta en sonrisas, que no se puede resistir, ya que uno queda inmediatamente preso en su atractivo.

¡Magdalena me recuerda tanto, no sé por qué, a mi San Gabriel de la Dolorosa! Creo que ambos participan de la misma espiritualidad. No conozco al detalle el Instituto de las Hijas de la Iglesia, pero tengo la convicción de que Magdalena me ha sumergido de manera imprevista y por completo en el alma de su espiritualidad.

No esperaba que en las últimas páginas del librito hubiera una mención para mi modesta persona. Pero si la dulce hermana, inmolada por la Unión, ha querido unir mi nombre a su revelación, esto quiere decir que en el cielo, ella que entre sus «obediencias» había puesto la de «amar las cosas menos agradables (más feas)» se habrá comprometido a tenerme presente ante Díos. Y esta seguridad me proporciona tanta alegría.

Dé, en mi nombre, las mas rendidas gracias a la Madre por este maravilloso regalo que ha hecho a la Iglesia y a la causa de la Unidad. Magdalena ha sido el grano de trigo muerto y sepultado, justo es que los hermanos vean surgir de la tumba

la espiga cargada y sonriente. Aunque sea una lucecita, cuando la llama se alimenta de tanto martirio como el de Magdalena, es seguro que no se apagará. Y aunque sea «un faro de bicicleta» sobre una carretera llena de baches, de piedras, de espinas y oscura, como aquella de la reunión, Magdalena es ya un tanto, que es lo que en fin de cuentas, vale.

De nuevo le doy las gracias por la alegría que me ha proporcionado, y siempre unidos en la oración, créame suyo devotísimo en Jesús.

P. CASIMIRO LORENZETTI, C. P.

Roma. San Juan y Pablo, 25 - I - 1959.

## ÍNDICE

	Pags.
Cementerio en el Lido .....	9
Su vocación .....	11
«Tengo mi manera» .....	14
Formación de guerra.....	18
Vida y apostolado de guerra .....	22
«Por Tí, Señor» .....	26
Sus «santas obediencias» .....	29
Octavario 18-25 Enero .....	35
«No me arrepiento» .....	40
Estoy de acuerdo con Jesús .....	44
Pequeña luz .....	49